

establecieron su glorioso reinado en el mundo, fecundándolo con su sangre: ejemplar ha sido también su amor é incondicional su adhesión á la adorable Religión de nuestros padres y á la Santa Iglesia, nuestra amante Madre, combatiendo sin tregua los errores antiguos y modernos, ya en las aulas, en donde impartió á sus discípulos el vasto caudal de sus conocimientos, grabando profundamente en sus juveniles almas los principios y sanas doctrinas que los conducirán siempre por las rectas sendas de la verdad, ya en la cátedra sagrada, predicando á Jesucristo con arrebatadora elocuencia sostenida por el zelo de la gloria de Dios y salvación de las almas; y en fin, nada han dejado que desear su caridad y su destreza en inflamar á las almas con ese fuego sagrado, en provecho espiritual y temporal de innumerables víctimas de la miseria y de la desgracia, tanto en esta su ciudad natal como en la Diócesis puesta por el Espíritu Santo bajo su pastoral cuidado.

¡Ah! Dichosos los fieles hijos de la Iglesia de Colíma, porque tienen un Pastor sabio y virtuoso que, con su ejemplo y su doctrina, consolida y extiende entre ellos el reino de Dios, sin omitir fatiga, desvelo ni sacrificio alguno, en tratándose de la salvación eterna de sus almas y aun de su felicidad durante su peregrinación por este mundo. ¡Bendito sea por siempre el Señor, Dador de todo bien! ¡Honor y prez al Ilmo. Sr. Silva que tan dignamente llena su divina y bienhechora misión sobre la tierra!

Una palabra respecto á sus discípulos:

La gratitud es uno de los sentimientos que más recomiendan al hombre, y como la medida de los grados de la nobleza de su corazón; es asimismo el principio, la fuente fecunda de levantados pensamientos, de acciones generosas, á veces hasta el sacrificio, que satisfacen plenamente á quien se consagran y merecen los aplausos más espontáneos, de los demás.

Los discípulos del Ilmo. Señor Silva, á impulso de aquel nobilísimo sentimiento unido al de su religiosa veneración á la santidad del carácter sagrado de su digno y respetable maestro, han querido manifestarle una vez más su amor filial y su cordial reconocimiento por la paternal solicitud con que por largos años trabajó incansable en su formación religiosa, moral y científica anhelando para todos venturoso porvenir. Por eso son ciertamente acreedores á las más expresivas felicitaciones de cuantos saben estimar debidamente el mérito de la gratitud. Séame, pues, permitido unir á ellas las mías más fervientes, haciendo votos al cielo por el perpétuo bienestar y prosperidad de todos y cada uno, en premio de aquella virtud, que tanto los ennoblece y los hace dignos de mi estimación.

Guadalajara, Marzo de 1897.

✠ JACINTO,

Arzobispo de Linares.

DEL ILMO. SR. PORTILLO.



AS Bodas de Plata de un sacerdote!

¡Qué periodo tan hermoso de la vida, qué etapa tan gloriosa de la sublime carrera levítica, si el Ministro del Altísimo la ha recorrido conforme á los designios de Dios al elevarlo á tan encumbrada dignidad!

Y esto sucede con mi carísimo Hermano el V. Príncipe de la Iglesia Colimense, Dr. D. Atenógenes Silva, hoy que la gratitud y la amistad celebran el faustísimo aniversario 25.º, el Jubileo Sacerdotal del Dignísimo Mitrado.

A él, aunque todavía, por dicha nuestra, lo vemos en pié y sobre la brecha, dibujársele puede hoy con el siguiente rasgo con que el Libro de la Sabiduría pinta al justo: *Consumatus brevi explevit tempora multa.*

El periodo de veinticinco años de vida sacerdotal ciertamente es corto. Pero ¡cuánto no ha hecho en él mi venerable Hermano! ¡Cuántas obras magníficas no ha llevado á cabo!



Ora le considere como Profesor, en el campo de las Letras y las Ciencias y sobre todo en el de la Filosofía; ora le vea como Capitular, en el Consejo del Metropolitano de esta Provincia; ora lo divise en su calidad de Párroco, en una de las más importantes ciudades del Estado; ora lo contemple como Jefe de una joven Diócesis; ya me fije en el sacerdote, ya en el orador, ya en el académico, ya en el gobernante: en todo lo encuentro adelantándose á su edad y á su época y paseando siempre en triunfo en todos los órdenes la bandera de Cristo, cuyo lema es Redención, y, de consiguiente, progreso verdadero y civilización legítima.

De mi carísimo Hermano y amigo, en su Jubileo Sacerdotal, puede exclamarse con el Vate del Cedrón: *Exultavit ut gigas ad currendam viam suam.*

Yo me congratulo con la Iglesia y con la Patria, de todos esos triunfos y de todas esas glorías de mi Ilmo. compañero; y al darle con toda la efusión de mi alma el abrazo de felicitación en sus Bodas de Plata, le deseo las de Oro y las Diamantinas en la misma proporción de conquistas y victorias.

✠ FRAY BUENAVENTURA,  
*Obispo de Zacatecas.*



DEL  
ILMO.  
SR.  
DIAZ.



UIEN desee comprender lo que el Ilmo. y Rmo. Obispo de Colima hizo como sacerdote, en los veinticinco años que cuenta de ejercer el Santo Ministerio, preciso es que se fije en la extensión y eficacia de su Apostolado, y que no olvide que lo ejerció en nuestro tiempo y en nuestras sociedades. Si así lo hace, podrá graduar aquéllos, por lo que hizo al dedicarse á la obra importantísima de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola.

Conocedor de nuestras sociedades, puso toda su atención en separarlas de los senderos del mal y ganarlas para Dios.

Conocedor de los Ejercicios, abrió el libro del Solitario de Manreza, y recorrió, meditándolas mil veces, sus páginas más que áureas.

Y . . . planteó, resolvió, y redujo á la sencillez de una fórmula, el gran problema crítico y místico de nuestros días. Hizo la aplicación verdadera de los Ejercicios de San Ignacio á las clases distinguidas de las sociedades modernas.

Nada, ni en lo substancial, ni en lo accidental de los Ejercicios qui-



so ni pensó alterar; por el contrario, para ellos fué toda religiosa observancia, respeto, admiración. El arte estuvo en comunicar á sus discípulos estos mismos sentimientos. El éxito coronó siempre sus esfuerzos: la conversión á Dios, el adelanto en las virtudes, la unión con su Divina Majestad, fueron sus frutos. Aquí, mejor que hablar, conviene contemplar en callada recordación todo lo que hizo.

Yo creo sinceramente que San Ignacio lo habría llamado para que fuera uno de sus compañeros, y para encargarle su obra predilecta de los Ejercicios.

No comentó por escrito ese libro inmortal; pero hizo más: hizo que un pueblo entero, con su amor á la virtud, fuera su comentario.

✠ IGNACIO,  
*Obispo de Tepic.*



Ilmo. y Rmo. Señor:



E qué hablaré Señores? ¿qué conceptos podré vertir dignos del Augusto Pontífice que nos preside y de un auditorio tan respetable por su ciencia, por su ilustración y por su hábito de escuchar discursos elocuentísimos, mucho más cuando me han de suceder en el uso de la palabra literatos de merecido renombre?

Obsequiando una invitación gratísima y honorífica, he subido los peldaños de esta tribuna, tan elevados para mí, contando con vuestra benevolencia nunca desmentida y que sabéis conceder al que, como yo, tan sinceramente la implora.

Por cuanto se relaciona con el sacerdocio, tiene esta fiesta deliciosa un aspecto eminentemente cristiano.

Y tiene otro patriótico y personal por cuanto se refiere al Ilustre Prelado, que tanto honra á este suelo en que vió la luz primera y donde ha dejado tan gratos recuerdos y tan inmensas simpatías.

Correspondiendo á ese doble objeto, recordaré dos pasajes de la Biblia; así la grandeza del asunto os hará desviar vuestros ojos de mi pequeñez; que la palabra divina tiene una atracción irresistible.

Y al presentar á su Señoría Ilma. mis homenajes de respeto, de admiración y de cariño, mis frases no serán más que el eco de vuestros pro-



píos sentimientos. Perdonad, Sres., si mi palabra no está á la altura de vuestros deseos, ¿cómo queréis que un solo corazón lata como ciento, y que el eco sea tan sonoro y tan poderoso como las mil voces que reproduce?

Hubo un día en que los hijos de Israel se entregaban á las abominaciones de la idolatría en el desierto de Sim, mientras que Moises, su gran caudillo, recibía en la cima de la Montaña la ley del Señor. Irritado Dios, con las prevaricaciones de su pueblo decía á Moises:

“Déjame desahogar mi indignación contra ellos y acabarlos: que yo te haré á tí caudillo de una nación grande.”

Y como Moises no consintió en el exterminio de sus hermanos, el Señor los perdonó.

No hay para mí en toda la historia del pueblo hebreo un pasaje más tierno, más patético, más sublime: el poder infinito de Dios se somete á la voluntad limitada de un hombre; el Señor suplica al siervo y el ruego ferviente de un justo hace que la clemencia divina se sobreponga á la justicia.

Ese solo rasgo bastaría para tributar al Altísimo los homenajes más tiernos de amor, de gratitud y de adoración, si á ello no impulsaran al hombre de consuno, la conciencia de su debilidad, el conocimiento de su origen, sus aspiraciones infinitas y los testimonios elocuentísimos de todos los seres, que proclaman con inefable armonía el poder, la bondad y la clemencia sin límites de Jehová.

Pero como quiera que aquella escena de ternura divina se refiere á la época de los patriarcas, de los profetas, de las esperanzas, al tiempo en que Dios llamaba á los hombres sus siervos, es natural que desde el momento en que se inicia la era nueva, la era de la redención, la era en que Jesucristo llamó á los hombres sus amigos y sus hermanos, es natural, repito, que haya rasgos de amor infinito que hagan palidecer los fulgores del Sinaí y conmuevan más hondamente los corazones.

Yo bien sé, Señores, que el Cristianismo es tan grandioso y la vida de Jesús, sus trabajos y su sacrificio tan fecundos, que cualquiera página de su historia excita el amor, la gratitud, la adoración; pero recorriendo toda su vida, desde Belen hasta el Calvario, no encuentro nada que más anonade ni seduzca que las escenas tiernísimas del Cenáculo, y me atrevo á asegurar que el poder más grande y más incomprensible que Dios ha conferido al hombre, es el de hacer que descienda Dios de los cielos, pronunciando sus divinas palabras.

Moises, santo, gran legislador, es una figura prominente de la antigüedad; el sacerdote, salvo su altísimo carácter, es á veces humilde no enteramente justo: aquél pide y Dios concede, éste manda y el Verbo obedece; Moises obtiene el perdón de los hebreos y el sacerdote hace que Dios mande á su propio hijo para enjugar todas las lágrimas, para mitigar todos los dolores, para llevar el perdón, la vida y la felicidad á todos los pueblos.

Jesucristo dijo á los Apóstoles:

“Id y enseñad á todas las gentes.”

El apostolado es una institución sobrenatural; pero el magisterio está en perfecta armonía con la naturaleza humana; lo ejerce la madre con el niño, el sabio con el ignorante, el anciano con el joven, transmitiéndole los sucesos que ha presenciado para que se perpetúe la historia de la humanidad.

La verdad y el bien atraen y seducen á la inteligencia y á la voluntad: todos deseamos conquistarlos y para satisfacer esas aspiraciones, los apóstoles y sus sucesores debían reproducir y han reproducido la palabra de Jesucristo, que eterna, perfectísima é infinita como El, ha de resonar perennemente por todos los ámbitos del mundo con célicas armonías y con encanto irresistible.

El Redentor entregó á su Iglesia las llaves del reino de los cielos y cuando el sacerdote dice al alma del moribundo que salga de la tierra y se remonte á las mansiones celestiales, ejerciendo un poder divino, sigue las aspiraciones insaciables y perpétuas del espíritu humano.

Dios al inspirar al hombre el alma con su aliento omnipotente, le dió en prueba de su amor un deseo irresistible de elevarse á El, y al entregarle el báculo del peregrino para que cruzara la tierra, le dejó en el fondo del alma la nostalgia del cielo.

Por eso todos dirigimos nuestras miradas al horizonte porque más allá de sus límites fulguran los cielos, y las elevamos á las alturas porque allí brilla el trono del Excelso.

Y qué mucho, Señores, que en medio de los dolores, de los infortunios, del martirio se eleven á Dios tristísimas plegarias, si Salomón, el rey magnífico que poseía la sabiduría, que es el éxtasis de la inteligencia; el poder que es la aspiración de los seres superiores, y la riqueza, seducción de todos los mortales, encontró pequeños el poder, la gloria, las riquezas y hasta la sabiduría para satisfacer su corazón y ser feliz.

Pero que Jesucristo, que está sentado á la diestra del Padre, recibiendo los homenajes y escuchando los hosannas celestiales de los coros angélicos y de los bienaventurados, descienda de su solio á la voz de un hombre, para venir á la tierra, que es la peña de sus piés, y morar en un tabernáculo humilde, es una cosa tan incomprensible que se necesita toda la fuerza de la fé para concebir tan infinito poder en un mortal, tan inmensa ternura en el Cordero de Sión.

¿No es verdad, Señores, que cuando un nuevo levita celebra por primera vez el augusto sacrificio del altar es cuando recibe la plenitud del sacerdocio?

Monseñor: hace cinco lustros que por primera vez hicisteis bajar del empirio al Hijo del Hombre y lo recibisteis de vuestras propias manos. Quizá entonces purificó vuestro corazón y vuestros labios como los de Isaías; tal vez entonces os dotó de esa elocuencia irresistible que ora lamenta como Jeremías los pecados del pueblo, ora anuncia, como



Ezequiel, tremendas catástrofes y las iras celestiales; ora confunde como los Agustinos y los Crisóstomos á los enemigos de Jesús; ora arranca lágrimas de ternura cuando con voz conmovida y los ojos henchidos de llanto, pedís á los cristianos amor, mucho amor al Corazón dulcísimo de Jesús que queréis reine en el de todos los hombres, ó bien infundís á los mexicanos la veneración entusiasta á la Bellísima Virgen del Tepeyac que es, ha sido y será nuestro lábaro y bajo cuya ejída soberana conservará la patria, la religión, la paz, la autonomía y la ventura.

Ese día tal vez se acordó en los designios eternos concederos ese báculo, que ensanchando vuestra esfera de acción, multiplica el número de los que animados por vuestra palabra y vuestro ejemplo, os siguen por los senderos del cielo.

Allá está vuestra recompensa, pero entretanto que os sentáis en el solio que os espera allí, oíd con benevolencia los himnos de los que, admirando vuestras virtudes y altísimas dotes, pedimos á Dios para vos todo género de prosperidades, y para la Iglesia, pastores y sacerdotes que os imiten.

HERACLIO GARCADIAGO.



**A**L ILMO. SR. OBISPO DR.  
D. ATENOGENES SILVA,  
EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU ORDENACION SACERDOTAL.



ALISCO! . . . hermosa y refulgente cuna  
De santos y héroes; inmortal emporio  
De la Ciencia y el Arte; en tí germinan  
La hidalguía y el valor. Si leo tu historia,  
Ante el ánimo absorto van pasando  
Miriadas de magnánimas figuras  
Que al Sol ofuscan con su luz de gloria.

Si tu presente bonancible miro,  
La huella de tu espíritu gigante,  
En monumentos que doquiera admiro,  
Allí está; poderosa y palpitante.

Dios sus tesoros de piedad inmensos  
Sobre tu seno, pródigo derrama;  
Y, rico por el oro de tus montes,  
Brilla más en tus limpios horizontes  
De tu profunda caridad la llama.

En la pléyade inmensa de tus hijos  
Que en tu cielo magnífico fulgura,  
Irradiando en efluvios soberanos  
Ciencia, virtud, amores, heroísmo,  
Encantos de apostólica ternura  
Y perfumes cristianos;  
Se destaca sublime la figura  
Del gran Obispo que en Colima enciende  
La llama de la fé en nuestros hermanos.